

siglos y medio, ha conservado este amadísimo claustro, destinado por su fundador egregio á la defensa de la Iglesia y de la patria! ¡Glorificada sea la Reina y Señora de Caldas y Torres, de Girardot y D'Elhuyart!

Nosotros procuraremos corresponder á tantos beneficios tratando de ser *dechados del culto divino y de las buenas costumbres; imitadores del Santo Doctor Angel, el cual alcanzó más sabiduría de Dios orando que estudiando.*

Si pudiéramos alcanzar tan alta meta, seríamos dignos sucesores, todos de José Celestino Mutis, teólogo, filósofo, médico, físico, matemático y jurista; después, unos, en jurisprudencia, de Tobar, Castillo y Rada, Torres y Tenorio; otros, en medicina, de Gil de Tejada, Merizalde, Vargas Reyes y Pardo; éstos, en literatura, de Fernández Madrid, Caro, Cuervo (catedráticos del Rosario); aquéllos, en ciencias físicas y matemáticas, de Caldas, Lleras, Uricoechea y Zerda.

Pero como no es hacedero para muchos realizar tan altos ideales, nos bastará cumplir la consigna del Colegio del Rosario: ser católicos, patriotas y caballeros.

El Evangelio y la democracia

Todo el siglo XIX ha presenciado la lucha—y lucha ardiente—entre el cristianismo, autor de nuestra civilización occidental y de la formación de las naciones modernas, y la democracia, “gran fuerza política y social que está en camino de conquistar el mundo y que pretende modelarlo de nuevo, rejuvenecerlo y transformarlo.”

Esta lucha constante reconoce, según algunos, como causa la esencia íntima de las cosas. Hay oposición radical entre los principios del Evangelio y las aspiraciones de la democracia. No es posible acuerdo alguno; los dos adversarios están condenados á combatirse á perpetuidad. Según otros, la diferencia obedece exclusivamente á falsas inter-

pretaciones, á circunstancias locales y á causas históricas susceptibles de desaparecer. No existe antagonismo necesario ni oposición irreductible entre el viejo cristianismo y la joven democracia; el sueño de una democracia cristiana no es tan quimérico como se pretende, y es el caso de esperar que, bajo las formas populares de gobierno que el porvenir nos reserva probablemente, la religión podrá continuar su obra de educación, de civilización y de concordia.

¿Quiénes tienen razón? Creemos que los últimos, porque somos de aquellos que no quieren perder las esperanzas en el mañana, y que, con los Papas y los grandes doctores, estiman que la religión no está ligada á régimen alguno, sino que los domina á todos y á todos se acomoda, con la única condición de que sean justos y cristianos. Los regímenes, como todas las instituciones humanas, pasan; la religión debe permanecer y cumplir hasta el final su misión divina. Si pues algún día la democracia llega al poder, no encontrará en el cristianismo nada que se oponga á sus legítimas aspiraciones y que le conceda derecho de considerarlo como adversario. Muchas veces ha recordado la Santa Sede que la Iglesia no es enemiga de las tendencias populares, y León XIII no ha cesado de demostrar á las masas que, lejos de oponerse á sus anhelos, el catolicismo los aprueba en todo lo que tienen de recto y generoso.

No existe oposición radical entre los principios cristianos y los democráticos fundamentales; el antagonismo procede de otras causas, y mientras no desaparezca, la democracia no podrá llevar á buen fin la gran empresa que se ha impuesto; hé aquí los puntos cuya demostración vamos á intentar:

1.º *No existe oposición esencial entre los principios cristianos y los principios democráticos fundamentales—El movimiento democrático se resume en algunas ideas, unas admitidas siempre por el cristianismo; otras en armonía*

con el Evangelio, y ninguna en oposición formal con nuestras creencias.

Las dos ideas fundamentales del régimen democrático son las de igualdad y fraternidad. Ambas, no sólo no tienen nada de opuesto al espíritu cristiano, sino que de él se derivan de una manera evidente y, como se ha dicho antes, hunden sus raíces más profundas en pleno Evangelio. Cuando la democracia exige más igualdad, y más fraternidad sobre todo, no hace más que reclamar lo que el cristianismo desde su origen se ha esforzado por establecer; no innova, sino copia.

La gran preocupación de la democracia moderna, la que más la honra, es la de mejorar la suerte de las clases populares. Este cuidado lo aprendió el cristianismo en el corazón de su divino Fundador. "En todas las épocas, lo mismo en la Edad Media que en los modernos tiempos, se han encontrado en la Iglesia hombres que han comprendido que la misión del cristianismo sobre la tierra, en lo que llaman este *valle de lágrimas*, es la de trabajar, la de consolar á los que lloran, socorrer á los miserables, curar las llagas morales ó materiales de la humanidad. De ahí todas las obras de caridad que han sido la gloria del cristianismo; de tal modo que podría decirse de él que ha sido la verdadera religión del sufrimiento humano.

"Existe también otro principio democrático, una de sus ideas fundamentales que, á primera vista, puede parecer más difícil de conciliar con la idea cristiana. Es la soberanía del pueblo, que puede entenderse de muy distintas maneras y se presta á bastantes equívocos, á consecuencia de muchos sofismas y errores (1). Sea como fuere, lejos de estar en oposición absoluta con el cristianismo, ha sido admitida desde fecha muy lejana, frecuentemente en la mayor parte de las iglesias cristianas, en la católica lo

(1) Soberanía popular como *fuerza suprema* de la autoridad, no; como delegada de Dios, sí.

mismo que en las protestantes. No fue extraña á la Edad Media; gozó del favor del doctor más grande de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino; de esta suerte, los hombres que se titulan demócratas cristianos han podido extraer de la *Summa* de este maestro de la teología toda una teoría de la democracia" (1).

Dedúcese, por tanto, con el eminente autor que acabamos de citar, que considerando el fin, las aspiraciones y las principales reivindicaciones de la democracia, puede afirmarse que entre el cristianismo y ella no existe antagonismo alguno de principios, ninguna incompatibilidad de doctrina; que las naciones podrán llevar á cabo todas las reformas democráticas razonables sin estar obligadas á romper con la religión y con la tradición cristiana. Por otra parte, la experiencia ha sido realizada hace tiempo. En diferentes épocas han existido países en los que la democracia se ha aliado con la Iglesia y en donde ha vivido y se ha desarrollado á la sombra de las ideas cristianas. No se puede, por consiguiente, hablar de oposición irreductible y fatal (2).

2.º *La oposición que existe tiene su causa fuera de un antagonismo de principios*—Se deriva, si no únicamente, por lo menos en gran parte, del hecho de que la democracia contemporánea nació de la revolución francesa, y á ella se encomienda en todas las circunstancias. Los hombres que llevaron á cabo esta revolución, imbuídos por los principios filosóficos del siglo XVIII, no veían, en su mayor parte, en la religión más que un instrumento de dominación, un medio de imponerse, la obra maléfica de los reyes, de los nobles y de los eclesiásticos. Esta falsa idea se ha perpetuado, ha penetrado en las clases populares y dejado

(1) ANATOLE LEROY-BEAULIEU: *El cristianismo y la democracia*, lección dada en la Escuela de Altos Estudios, en 1904.

(2) No se confundan las ideas democráticas con los principios liberales condenados por la Iglesia, en especial por León XIII.

tras de sí una gran desconfianza hacia el cristianismo, al que se obstinan en considerar, sin conocerlo, como poco favorable al proletariado, y muy inclinado hacia las clases directoras. Se cree que sus simpatías favorecen á los regímenes caídos, y que, por sistema, es absolutamente opuesta á todo progreso social y á toda marcha progresiva de la humanidad. Constituye la divisa de las ideas conservadoras y personifica, en cierto modo, la contrarrevolución. Es, por tanto, el grande enemigo.

Muchos cristianos, por su parte, no han visto sin temores desarrollarse un movimiento nacido de ideas "tan subversivas y tan falsas como las que presidieron á la revolución." Por lo demás, dicen ellos, este movimiento no ha dado hasta aquí pruebas de moderación y de prudencia. Se ha entregado á los peores actos de sectarismo y de persecución. La religión debe temerle todo de la democracia, y no esperar nada de ella. En lugar de favorecerla hay que combatirla de una manera implacable. Es una utopía pensar en una conciliación que no podría realizarse. Entre la Iglesia, depositaria del pensamiento cristiano, y la democracia, hija de la revolución, sólo puede existir la guerra.

Así es que la lucha se ha entablado de una parte y de otra, no por irreductible oposición de principios, sino á consecuencia de prejuicios, de prevenciones y de malas inteligencias.

Puesto que no existen causas de antagonismo entre la democracia y el cristianismo nacidas de la esencia misma de las cosas; puesto que todas son de orden histórico y, por consiguiente, pueden desaparecer del mismo modo que las circunstancias locales que les dieron nacimiento, todos debemos aplicarnos á suprimirlas, disipando las prevenciones y las interpretaciones falsas, y esto más en favor de la democracia que en favor del cristianismo (1).

(1) Es preciso reconocer, dice Anatole Leroy-Beaulieu, de cuya hermosa lección acerca de *El Cristianismo y la Democracia*, nos aprovechamos largamente, que no es la Roma papal, que no son los

3.º Sólo inspirándose en los principios cristianos, la democracia podrá llevar á término la generosa tarea que se ha impuesto—El régimen democrático, como se ha hecho observar con mucha frecuencia, es de todas las formas de gobierno la que exige más virtudes y necesita, por consiguiente, más cristianismo. No quiere esto decir que pretendamos que no puede existir virtud cívica y virtud moral fuera de nuestra religión; pero esta religión es más apta que otra cualquier cosa para formar en los individuos las virtudes privadas y las virtudes sociales, y elevar al hombre por encima de la sensualidad grosera y del egoísmo brutal.

Aunque la página siguiente, de Taine, ha sido muchas veces citada, viene tan en apoyo nuestro, que no podemos resistir al placer de reproducirla: "Hoy, después de dieciocho siglos, se reconoce en uno y otro continente que el cristianismo sigue actuando, como en otros tiempos, sobre los artesanos de Galilea, á fin de sustituir el amor de sí mismo por el amor á los semejantes.

"Todavía da alas indispensables al hombre para elevarlo sobre la vida terrena y sus horizontes limitados, para conducirlo á través de la paciencia, de la resignación y de la esperanza hasta la serenidad; para llevarlo más allá de la templanza, de la pureza y de la bondad hasta la abnegación y el sacrificio.

"Siempre y en todas partes, desde hace mil ochocientos años, cuando estas alas desfallecen ó se rompen, las cos-

doctores y los teólogos, los sacerdotes y los preladados, representantes legítimos del pensamiento cristiano, los que ponen veto á la democracia; por el contrario, el veto reside en ella misma, entre los hombres que se ofrecen como inspiradores de las puras doctrinas democráticas, entre los cuales se encuentran los tribunos que pretenden repudiar para siempre á la Iglesia y al cristianismo, afirmando, con exagerada insistencia, que entre la religión cristiana y la democracia toda tentativa de conciliación está condenada á fracasar.

Se puede concebir felizmente una democracia muy distinta de la que representan estos sectarios. No es la esencia de la democracia así como tampoco la de la aristocracia el ser anticristiana y antirreligiosa. Para convencerse de ello no hay más que atravesar el océano y dirigirse á América.

tumbres públicas y privadas se degradan; el egoísmo brutal y calculador vuelve á adquirir asceniente; la crueldad y la sensualidad se extienden; la sociedad se convierte en institución perniciosa.

“Sólo el cristianismo conserva en la sociedad la dulzura y la humanidad, la humildad, la buena fe y la justicia.”

Para que una sociedad pueda vivir y prosperar, tiene necesidad de dos cosas: un patrimonio de verdades intangibles y un principio sobrehumano de justicia y amor. Cristo trajo á la tierra estos dos tesoros; confió su guarda á la Iglesia, que los ha conservado con esmero y los ofrece siempre á la humanidad; pero el mundo ha querido pasarse sin ellos y crear una civilización sin tomar nada en las fuentes divinas. De ahí los fracasos sucesivos de todos los sistemas, fracasos cuya serie no se agotará si se persiste en la idea de querer edificar la ciudad futura sobre la arena movediza de mudables teorías y sobre el suelo árido de una moral fundada en el egoísmo.

Rompiendo sistemáticamente, como hace observar A. Leroy-Beaulieu, con todas las tradiciones y con todas las creencias del pasado, pretendiendo separar de ellas violentamente la idea moral y la idea religiosa que han sido ligadas una y otra como entretrejidas por los siglos, esforzándose sobre todo por expulsar á Dios de la nueva ciudad como á un tirano malhechor ó como á un pedagogo enojoso, la democracia complicaría de un modo singular su obra y haría en extremo difícil la gran tarea que se ha asignado, de la educación y del gobierno de los pueblos. Sería un error para ella cerrar los oídos al grito de alarma que la vista de la irreligión que asciende, arrancó al poeta:

En medio del progreso que á nuestra edad ufana,
en medio de este brillo de un siglo que agoniza,
una cosa, ¡oh Jesús!, en secreto me espanta:
el eco de tu voz se apaga y debilita (1).

L. GARRIGUET

Rector del Seminario de Aviñón (2)

(1) VÍCTOR HUGO: *Voix intérieures*.

(2) Del libro *El valor social del Evangelio*

Bienvenida

Se la damos muy cordial y cariñosa á nuestro amigo el señor colegial bachiller don Roberto Mantilla, delegado del Colegio al Congreso de Estudiantes que se reunió en Caracas.

El señor Mantilla supo conservar, en su viaje y durante el Congreso, las mejores relaciones de amistad y compañerismo con sus colegas, y cumplió con el deber que le imponían su carácter de representante del Rosario, sus convicciones y su conciencia, de sostener las creencias católicas, el honor de Colombia y la autonomía de su claustro. Así lo hemos sabido por la relación publicada en diversos diarios de la capital de Venezuela.

Nuestro abrazo fraternal y parabienes á nuestro delegado y discípulo.

Galería de hijos del Colegio

FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

(Concluye)

CALDAS llegó preso á esta ciudad, y el mismo claustro donde pasó una de las épocas más felices de su vida, cuando estuvo estudiando en este Colegio bajo la dirección de cariñosos profesores y gozando del honor de la beca de colegial, vino á servirle de cárcel.... El mismo techo que amparó aquellos hombres durante los años que estuvieron aprendiendo las nociones de la libertad, vino más tarde á servirles de prisión, por querer conquistar el bien que en él comenzaron á saborear; esta casa fue para ellos la entrada á la vida y el vestíbulo de la gloria: “el suelo que pisamos es santo y se halla bendecido por la gratitud de todo un pueblo.”

Ah! qué sentiría CALDAS al llegar á estos claustros, recordar lo pasado, contemplar las aulas donde estudió y más tarde fue-